

Vicente Almela Mengot

La Educación Política en España

MEMORIA

leída la noche

del 15 de Diciembre

de 1904

en la Juventud Radical

del Centro Liberal-Democrático

de Madrid

7072

1500032793

LA
Educación Política en España

por

D. VICENTE ALMELA MENGOT

MEMORIA

LEIDA

la noche del 15 de Diciembre de 1904

EN LA

JUVENTUD RADICAL

del

Círculo - Liberal - Democrático de Madrid

CASTELLON

CENTRO ESPAÑOL DE ARTES GRÁFICAS DE SANTIAGO S. SOLER

1905

Al ilustre penalista español
doctor D. Rafael Salillas, su
apasionado admirador y

Vicente Huelsa

Madrid 10-1-95.

Ofrecimiento
al
Instituto Popular

DE LA
JUVENTUD DEMOCRÁTICA
de
CASTELLÓN



VOSOTROS, queridos amigos
y entusiastas correligionarios,
que lucháis sin tregua por la
cultura y el triunfo de la De-
mocracia, os ofrece este insignificante
trabajo nuestro compañero

El Autor



Señores:

I

Educar es tanto como desenvolver física y moralmente el organismo humano. Abarca la educación, por una parte, el desarrollo regular y creciente del cerebro, de sus facultades; y por otra, el acoplamiento sano y vigoroso de los miembros y órganos del cuerpo á la vida.

No equivale, pues, la educación, á delicadeza en el trato, comedimiento en el hablar y corrección en todo momento de la vida.

Dentro de la vasta complejidad del problema, á nosotros nos interesa conocer el aspecto político. Veamos en la política la alta misión que desempeña el gobernante al relacionarse con los súbditos y con los otros Estados. En este sentido y partiendo de la relación de dependencia que dá al Estado el carácter de representativo, resulta, que educar políticamente, será tanto como formar ciudadanos, hombres libres y conscientes, amantes de su independencia, que tomen parte activa en los negocios públicos y que en todo momento velen por el bienestar social y las buenas costumbres de su patria. Es decir, hombres que en pleno dominio de su soberanía, ejecuten aquello que sus deberes políticos y su conciencia de consuno les indiquen y señalen.

Esta educación se presenta como una necesidad impe-

riosa en las modernas sociedades. Obrando, como obra, el Estado político por representación, cuanto más educado esté el pueblo y más elevada sea la mentalidad de una nación, más eminentes serán las personas que escalen las altas magistraturas del Estado y más próspera su marcha y desarrollo. Tanto es así, que esta representación que aparece espontánea en todos los Estados, atraviesa diversos periodos á medida que la cultura y la conciencia política de un país aumentan, hasta que, como ocurre en la mayoría de los Estados contemporáneos, se convierte en expresa y reflexiva.

Los Estados que han conseguido mayor desenvolvimiento político, son aquellos en que la representación está más acentuada, en que, entre los representantes del poder y los ciudadanos, existe una íntima y constante corriente de ideas y opiniones que hacen de la labor gubernamental un trasunto de la voluntad nacional ó colectiva.

Desgraciadamente la inmensa mayoría de los ciudadanos que componen el núcleo de un Estado, ignoran su natural é inevitable condición de representantes, agentes del Estado; y de aquí, de la falta de armonía entre los elementos sociales de un país, se deriva la pobreza de las leyes, la existencia vacilante de los organismos todos, lo amanerado y torpe de las costumbres.

Falta á estos Estados la savia fecunda de la opinión pública que es la condensación de las diversas funciones que llevan á cabo los organismos y clases sociales de una nación. Elaborada en lo íntimo del espíritu nacional, ella encarna todas las aspiraciones, las nacidas al calor de la lucha y de la controversia y las que tienen cuna á la plácida sombra de la paz y de la armonía. Cuantas ideas se vierten, cuantos actos se realizan, cuantas tendencias se manifiestan en la marcha del Estado, así como los sentimientos que se exteriorizan, en ella se funden y compenetran como vasto crisol cuyo recipiente todo lo depura; y una vez adquiere

forma determinada, desde el momento en que deja de ser nebulosa y es tendencia fija, coherente, definida, entonces condensada en una aspiración común, ejerce una decisiva influencia en la marcha de lo que ha dado en llamarse la nave del Estado.

«Los Gobiernos, dice Bryce, se han apoyado siempre y salvo casos excepcionales deben apoyarse, ya no sobre la afección manifiesta ó sobre la aprobación expresa ó activa, sino sobre la silenciosa aquiescencia de las mayorías numéricas».

No en todos los países ejerce la misma influencia, el mismo soberano imperio la opinión pública. Aquellos que se distinguen por ser eminentemente representativos, como los Estados-Unidos, Inglaterra y Francia, la admiten como soberana; á aquellos otros, en que, á pesar de ser constitucionalmente representativos como Alemania y España, predominan elementos del poder tradicional, la masa de opinión es débil, su influencia escasa y muy limitado el valor concedido á sus aspiraciones.

En Inglaterra, Monarquía y Cámara de los Lores, en sus decisiones están bajo la sanción de la Cámara de los Comunes que se considera fiel reflejo de la voluntad nacional; en los Estados-Unidos la augusta ley es la opinión pública, pues afirma Bryce que «los funcionarios, las Cámaras, los partidos, todos están bajo ella, todos tiemblan ante ella». Francia funda sus instituciones gubernamentales en el sufragio universal y el artículo 25 de la Constitución de la Convención nacional dice que «la soberanía reside esencialmente en el pueblo, es una é indivisible, imprescriptible é inalienable».

Alemania con su Emperador hereditario que tiene un Canciller responsable, no es Estado porta-voz de la opinión pública, aunque aumenta de día en día el predominio de ésta. Y España con su Monarca hereditario que gobierna por la gracia de Dios y la Constitución sobre la voluntad

de los hombres, tampoco es nación donde las clases sociales dejen sentir decisivamente la presión de sus espíritus, pues la representación popular, el parlamento, está sujeta á la férula tradicional y conservadora del Senado.

Todos los pueblos tienen opinión; por las arterias sociales de todos los países, corre con varia intensidad este elemento propulsor de progreso. «En el animal, dice el infortunado González Serrano, la conciencia ó el elemento director está concentrado en un sensorium (centro más ó menos perfeccionado del sistema nervioso,) y en la sociedad la conciencia está esparcida y difundida; se halla en la opinión pública que respiramos, que á veces condensamos y personificamos; pero nunca puede ser localizada concretamente y de una manera estadiza é inmóvil».

Claro está que la opinión pública, como mar bonancible, no se cristaliza ó empantana; las agitadas ondas del pensamiento llegan á todos los cerebros con el flujo y reflujo que la actualidad y la pasión prestan á todos los problemas. Pero así como á través del Oceano distinguimos corrientes de rumbo constante en medio del alborotado bullir de las líquidas extensiones, así también, en el mar social, á través de las revueltas mareas del pensamiento, aparecen corrientes de opinión definidas y persistentes, que un día y otro día buscan la victoria, no en la destrucción y en la muerte, sino en la conquista lenta basada en la persuasión consciente y razonada de las almas.

Así camina la humanidad, con paso tardo y pesado. Partiendo de las antiguas edades en que Platón consideraba la opinión pública como originada por la sensación, y de la cual decía en la *República* que es *irracional*; pasando por las edades medias en que no existía, aplastada por la tiranía absorbente del Señor, y aún por las contemporáneas, en que el príncipe era árbitro de los destinos de su pueblo; y llegando á los actuales tiempos en que la opinión pública era reina y señora ¡qué de espantosos sucesos han acaecido

y cuánto derramamiento de sangre se ha verificado! Un paso dado en la senda de la civilización representa siglos y siglos de lucha y de barbarie. No importa; á las negruras de ayer, suceden las claridades del presente. Las claridades del presente serán sustituidas por la luz del mañana.

II

Dos elementos principales forman la opinión pública en España: el de los hombres que hacen de la política una profesión y á ella dedican todas sus actividades, y aquel otro, compuesto de personas indiferentes, desengañadas, y que se alejan en absoluto de intervenir en componendas y luchas de partido.

En nuestro país, como en los demás, la mayoría de los individuos que componen el núcleo del elemento profesional van á la política impulsados por el egoísmo, en busca de la propia satisfacción y bienestar, aunque levanten el edificio de su fama y de su posición sobre los intereses supremos, sagrados de la patria. Y el otro elemento, el pasivo, el escéptico, ese todo lo soporta, todo lo tolera, todo lo sanciona, con su apartamiento imbécil de bestia resignada. Este es un gran mal, un deplorable mal; de un lado ambición, de otro pasividad; los síntomas son agudos; la enfermedad nos corroe hace tiempo y lentamente nos mata.

Spencer, afirma en la *Sociología* que: «la fuerza directriz que existe antes de que se constituya un órgano de autoridad política y que se expresa más tarde por este órgano, no es otra que la opinión formada gradualmente en el curso de innumerables generaciones precedentes» Y añade: «Cuando las costumbres llegan á ser ley, se vé más claramente cómo los sentimientos de los muertos gobiernan las acciones de los vivos.»

Es, ciertamente, el medio histórico, el que determina la fisonomía de la raza, el que con las influencias y enseñanzas del pasado imprime un especial carácter al espíritu nacional.

Nosotros no somos únicamente responsables de todas las desgracias que nos aquejan. Hay algo superior, algo que ata nuestras manos y traba nuestros pies, y que impide que emprendamos triunfantes el camino de redención. Es la herencia, el legado de nuestros antepasados, las reminiscencias de tiempos anteriores, lo que nos cohibe y nos avasalla.

Tuvimos reyes, aquellos reyes fuertes y generosos de la reconquista, que se apellidaban de *las dos leyes y de las dos religiones*. La libertad es española y ya tenía grandes vuelos entonces en la península. Pero se inicia nuestra unidad política á la par que la religiosa; llega la intransigencia de la fé con la tiranía social; y desde Isabel la Católica, España comienza á descender por la senda del abismo.

Se esfuman en las lejanías del pensamiento hasta perderse, las doctrinas democráticas de Freytas, Rivadeneyra Vazquez, Menchaca, Mariana y otros ilustres pensadores del siglo XVI. No se puede pensar. Nuestra rica literatura, heróica y caballeresca, trata en sus múltiples formas los discreteos y encantamientos de damas y galanes. Quevedo aconseja á todos un silencio de tumba. La Inquisición ciega y siega cabezas. La posesión de un libro extranjero equivale á la pena de muerte. Y hombre de tan clarísimo talento como Calderón exclama en el Alcalde de Zalamea que:

«al rey la hacienda y la vida
se ha de dar....»

Renace el absolutismo absorbente, último relámpago en la historia de la tiranía feudal y en las Universidades españolas los libros están sujetos á una severa y escrupulosa censura, castrando con ello el pensamiento de las genera-

ciones escolares que dedicados á los juegos silogísticos y faltas de libertad, se desarrollan en un ambiente malsano de ignorancia y fanatismo.

Por otra parte, el descubrimiento de América que tan desastrosos resultados produjo á la postre de dos siglos en la vida económica de la península, dió por resultado el desprecio al trabajo, pues creían nuestros venerables predecesores que les sobraba para vivir con el oro que á raudales importaban los galeones de las Antillas. Del extranjero venían todas las baratijas y objetos de la pequeña industria y extranjeros eran en su mayoría los que aquí á esa clase de trabajos se dedicaban. Y así, orgullosos y presumidos, soñando siempre en los triunfos de nuestras armas y adormecidos por los cantos de los poetas, nos fuimos quedando á la cola de la civilización; Weuxfalin y en Utrech, perdimos el prestigio internacional; despreciando los bajos oficios, caímos en la ociosidad y en la ineptitud; católicos hasta la exageración, rechazamos cuantas corrientes de progreso científico, en todos los órdenes, pugnaban por atravesar los Pirineos para tonalizar nuestro cuerpo saturado en las épicas leyendas y en el incienso de los templos; azotados por incesantes guerras, vemos la población mermada y la Hacienda en ruinas; y hace poco se consuma nuestro trágico desmoronamiento con el abrumador despojo del imperio colonial.

«Nuestra relativa cultura —escribía recientemente un gran novelista— tuvo por maestra la pedantería de aquellos tiempos (reinado de Isabel II.) y el poquito saber que entonces se acumuló en fábricas y talleres. Y es indudable que el ejemplo más pernicioso que nos legó aquel reinado, fué un mandamiento de novísima ley que entonces empezó á tener franco uso: «Hagamos todo lo que se nos antoja, y cada cual observe la ley de su propio gusto.» El cumplimiento del deber desde aquellas décadas rige solo para los tontos y de éstos, con el rodar de años y días van quedando muy

pocos. En cambio, acrece prodigiosamente el número de hombres agudos, chistosos y neciamente prácticos, maestros en la sutil corruptela de hacer cada uno lo que quiere, revistiendo el desenfreno con formas hipócritas, y pagando á la ley un tributo externo por medio de trampas hechas con figurados resortes y pintado mecanismo, que imitan los de la ley. Este mal viene de allá, de los enmarañados tiempos en que difícilmente se veía la relación entre los efectos y las causas. Su inicial impulso nadie sabe donde estuvo; pero de allí procede, sin duda, esta facilidad para erigir en norma de la vida los propios gastos, como este amaneramiento social de tomarlo todo á broma y de hablarlo todo con chistes, ocultando la desvergüenza con módulos de lenguaje á veces ingeniosos, signo y marca indudable de nuestra decadencia.»

Contrista el ánimo contemplar cómo los productos de nuestra agricultura y de nuestra ganadería son devueltos á España transformados por la industria extranjera que se lleva nuestro dinero por medio de toda clase de empresas. La mayoría de las grandes explotaciones están en manos de compañías inglesas, francesas, belgas y alemanas.

Nuestra industria es pobre; la agricultura se encuentra en el mismo estado que hace algunos siglos cuando los árabes abrían acequias y canales de riego por nuestras vegas levantinas y meridionales; el comercio, á la par que la agricultura y la industria, sus determinantes; y el nivel intelectual muy por el suelo, pues la escuela española es por regla general local inmundo y místico construido en contra de todo precepto higiénico y cuya dirección se entrega á un maestro misérrimamente retribuido y expuesto á infinitas necesidades, triste condición que hace del hombre que ha de salvar la nación y en cuyas manos se encuentran nuestros futuros destinos, el ente más ridículo y grotesco de la sociedad.

No cabe duda que nos ha sido trasmitida esta frivolidad

y extranjerismo que todolo avasalla. Parisinas, ó británicas, son las modas españolas; los juegos de nuestros niños, de los adolescentes y aún de los hombres, de otras tierras han llegado. Se cuidan más nuestros jóvenes, á salvo una honrosa minoría, de llevar la chaqueta bien cortada, el sombrero á la moda y la corbata haciendo juego con la cinta del sombrero, que de hacer medianamente una suma ó de escribir con un poco de ortografía. Pero no cabe reprochar solo á la juventud. Doloroso es que los hombres del mañana se dediquen á una vida caprichosa en las capitales y llena de tedio y sopor en los pueblos de la península; pero es más doloroso que sea, en todos los órdenes, la vida nacional una mixtificación y un engaño, que si todos tenemos el buen acuerdo de criticar pocos tienen el firme propósito de combatir.

Al tratar de la formación de la opinión pública, unánimes están los tratadistas al otorgar una eficacia incontrastable á la publicidad. Ella es la que establece la comunidad de todos los espíritus, la que dá diariamente el conocimiento de cuanto ocurre, salvando fronteras, cruzando los mares y siendo un foco potente de afinidad universal.

Sin ella no sería posible la vida de relación, ni la política, jurídica, científica, artística, etc, de un pueblo. Ella transmite todas las opiniones, todas las ideas, dejando en los espíritus el polen que fecundiza primero la opinión individual, y luego, con la suma de estas particulares tendencias, la gran opinión con sus diversos matices y puntos de vista.

Por tanto una acertada organización del cuerpo social ha de afianzar con disposiciones legales formales, la publicidad, no solo para la vida política, sino también para lo que se refiere á la administración de justicia, «para la cual la publicidad, según Schäffle es al mismo tiempo registro de sentencias y medio de educación del sentimiento popular.»

Esta última influencia sobre todo es altamente beneficiosa, porque tomando el Jurado tan importante papel en la administración de justicia, la publicidad es un elemento educador para el hombre sencillo, ignorante de los mas elementales principios de la ley y que algún día acude á formar parte del tribunal que ha de juzgar la conducta de un procesado.

La publicidad se hace efectiva de muy diversas maneras, Por medio de reuniones públicas que pueden ser al aire libre y se llaman *mitins*, ó en lugar cerrado, *clubs*, en los cuales se verifica la propaganda de ideales y convicciones políticas; de las sociedades de esta naturaleza que incesantemente persiguen el mismo fin; y en último termino, por medio de la prensa, del libro y del folleto.

Las reuniones públicas llamadas *mitins* han tomado en España mucho incremento estos últimos años y los convocan y celebran los partidos radicales y los socialistas y anarquistas. Su importancia suele ser extrema pues á veces se reunen catorce ó quince mil personas y revisten un carácter predominante de protesta, ya contra las arbitrariedades de los Gobiernos, ya contra los vacíos que en la legislación tienen las necesidades de las clases proletarias. Son un gran medio de cultivar el espíritu público y de una rapidez considerable en la propaganda. A pesar de todo, su eficacia ha disminuido bastante por ser hoy los *mitins* cosa ordinaria y corriente, que por cualquier causa se celebran, teniendo lugar en determinadas circunstancias para robustecer peticiones que no es esa la manera más adecuada de formular. «Cuando el derecho de reunión se ejerce de una manera permanente y diaria deja de ser peligroso» dice Laveley. Y dejemos á un lado que toda propaganda tiene su límite y que en todo esfuerzo individual ó colectivo, en los momentos críticos, deben ir unidos la acción y la palabra.

Otro de los medios de publicidad que señalábamos es la

asociación. Partiendo de la base de que la unión es fuerza, cabe suponer la trascendencia que tiene una entidad social creada para la defensa y predicación de sus ideales, para el fomento de los intereses de partido y que atenta y cuidadosa vela en todo momento por la expansión de su credo político.

En nuestro país existen algunos centros de esta naturaleza con los títulos de *Círculos Obreros*, *Centros republicanos*, *Círculos Católicos* pero todavía en escaso número y con organización poco intensiva.

La vida nacional ofrece en este orden una fisonomía particular. Los *Círculos Obreros*, sobre todo, son verdaderas sociedades de resistencia que luchan con exceso de odio al patrono por el mejoramiento de la clase trabajadora, procurando por medio de huelgas en las cuales se prestan toda clase de apoyo, que las horas de trabajo mengüen y el jornal acrezca. Los *Centros republicanos*, bastante fomentados y bien constituidos, caminan como sus analógos los obreros, por el camino de la propaganda incesante, quedándoles, no obstante, mucho que andar, si por evolución de la conciencia social buscan el día jubiloso del triunfo de su bandera. Los *Círculos Católicos*, son centros de recreo, sociedades que en todas sus manifestaciones rinden culto á la religión, que están bajo la potestad de la Iglesia y que ayudan á soportar los gastos de la corte del Vaticano. Su propaganda es escasa y queda reducida á los individuos que componen la sociedad.

De los demás Gremios, Ligas y Cámaras, no queremos hablar porque su influencia en la opinión apenas se percibe y porque su existencia es más oficial que de hecho. Una de las cosas que más deben fomentarse en España, es la asociación.

La prensa es otro de los elementos que contribuyen á formar la opinión pública. Grinke la llama «uno de los representantes del pueblo»; Laboulaye el *forum* de los tiem-

pos modernos; y Malfaire asegura que la prensa libre representa y forma á la vez la opinión pública, que bajo el imperio de los sanos principios es esencialmente soberana. Nadie puede dudar que la prensa es un poderoso instrumento de propaganda y de expansión de cultura, y que de ella se sirven, como porta-estandarte, las escuelas y los partidos políticos, para la comunicación de sus ideas con la sociedad.

Los conservadores *enragé*, los clericales y los retrógrados en una palabra, acumulan en contra de la prensa dicterios y argumentaciones incontables. Los tratadistas apasionados del ideal, y que olvidan que no hay obra humana perfecta, la fustigan por sus ligerezas y apasionamientos. A fuer de imparciales, nosotros hemos de recoger algunas de sus opiniones.

La prensa se nos ofrece, dicen, obrando impulsada por bastardos móviles, vendiéndose en sus juicios, bajando la cabeza á las pretensiones de partido, á las indicaciones de los Gobiernos por las subvenciones que recibe y elevando á personalidades de bajo vuelo y espíritu mezquino. Aparece á nuestra vista adulatora, manejando el incienso y el bombo, apasionados, dando relieve y carácter sensacional á sucesos (como los crímenes pasionales) que no tienen trascendencia educativa, sino administrativa para el periódico; en una palabra, vése la prensa como algo en ocasiones poco apreciable, que más provoca la perturbación y el desequilibrio moral que la paz y la tranquilidad de espíritu de los lectores. Con frecuencia ocurre que periódico que certeramente lanza sus tiros contra los abusos de una compañía, las inmoralidades de una empresa, ó los desafueros de un don Juan particular, templá al día siguiente sus belicosos ímpetus y á trueque de eufemismos, circunloquios y filosofías baratas, acaba por afirmar que las personas atacadas son un modelo de corrección, que su conducta es intachable y que cuanto de ellas se dice, es falso rumor,

edificio sin base levantado por la murmuración y cimentado en equivocadas interpretaciones. Y en el fondo de todas estas vindicaciones periodísticas —afirman— no está el noble y levantado propósito de enmendar los errores, no; se halla siempre, como explicación cierta, la suma entregada al director por la persona puesta en entredicho, un número respetable de suscripciones, un empleo, ó un anuncio cuantioso. En el ejercicio elevado del periodismo, se vé por muchos tan solo una profesión. Y así ocurre que el redactor de un periódico con color político *A* pasa al otro periódico que lo tiene *B*; que el escritor que ayer fustigaba la reacción hoy es su paladín más entusiasta; y lo mismo escribe un revistero de toros de ciencia política, que un economista de crítica literaria.

Para estos formidables censores de la prensa, es hoy el periódico un arsenal de noticias, de datos sin importancia, de telegramas que entre sí se contradicen y que dejan el ánimo suspenso y perplejo, y de diatribas sistemáticas contra el adversario y enemigo. Cada periódico emite su opinión respecto del mismo asunto; y mientras para unos lectores la obra estrenada en un teatro, el debate del Parlamento ó una negociación diplomática han sido un éxito, para otros la obra teatral, el rifirrafe parlamentario ó la labor internacional, han sido unos solemnes y completos fracasos. Esta falta de imparcialidad hace que la eficacia de la prensa sea de poco valor y que el público discreto, sonría cuando el articulista trata de aumentar una fama ó de derribar una honra.

De la prensa inglesa se dice que es la más independiente é imparcial; la que cuenta con grandes medios de información y que sirve más al público que al gobierno. No obstante, sus lunares tiene y también es en determinados casos apasionada, violenta, defensora de los grandes *trusts*, y mercantilista como pocas.

El periódico de los Estados Unidos se caracteriza por lo numeroso de las noticias y la extensa información, por

la habilidad con que defiende los asuntos políticos y porque cambia con gran facilidad de parecer. La francesa y la alemana gozan de parecida reputación y conocido es el significado deprimente que en el Imperio tienen los llamados *fondos de reptiles*.

De la española cuanto se dice no es más que reflejo de nuestra poquita cultura. ¿Acaso, hemos llegado todos á la perfección moral y procedemos con tanta bondad, que exigimos á la prensa una conducta puritana y quijotesca? ¿Es la sociedad, en todas sus manifestaciones, un dechado de perfecciones, ó por el contrario, se hallan en casi todos los actos humanos, levaduras de perfidia y bruscos estallidos de pasión? Si esto es así, no lancemos anatemas contra la prensa, sino contra nosotros mismos. La vida es un engranaje de cosas perfectamente unidas y no es posible mejorar una sin avalorar antes todas las demás.

La aspiración de todo espíritu generoso, levantado, que piensa muy por encima de las cosas terrestres, debe ser el mejoramiento de la prensa, como gran factor de cultura que puede por sí solo cambiar la fisonomía de una sociedad. Ha de gozar la prensa, á este propósito, de amplia libertad, pues de otro modo no podría cumplir adecuadamente su misión. «La libertad de la prensa, dice Laveley, es el complemento indispensable de la soberanía popular. Es preciso que el pueblo esté informado de todo para que exprese su voluntad sobre todo».

Como dice un escritor, la prensa ha de procurar ser desinteresada, culta, imparcial é independiente. Pero tal como hoy existe realiza una labor fecunda y educadora, porque lleva á las grandes masas el latido de la conciencia universal, el movimiento entero de la vida, educando el sentimiento, despertando inteligencias vírgenes, manteniendo el esplendor de las ideas, sembrando prósperas iniciativas y siendo guardian incansable de los fueros de la libertad, del progreso y de la justicia.

El libro, ó sea la exposición ó estudio doctrinal detallado, sereno, reflexivo, de una materia, es otro resorte de formación de opinión. La ciencia, causa primera de todo mejoramiento, tiene en él su más feliz expresión. Los hombres de clara inteligencia, de conocimientos sólidos, de instrucción serena y acertada, comprenden y conocen la marcha de su época, sus vicios, sus virtudes, teniendo ante su mirada un mundo desconocido para la generalidad; y penetrando en el interior de los problemas, sobre el gran número de inteligencias vulgares, buscan soluciones á las diferentes necesidades y lenitivo á las cargas y dolores, marcando nuevas orientaciones y haciendo caminar á sus contemporáneos por distintos derroteros.

La Historia, que tantos y tantos hechos encierra, solo nos ofrece unos cuantos nombres al considerarla bajo el punto de vista de la civilización. Y no es que el sabio improvise cuanto su doctrina contiene; es que aprovechando el trabajo de generaciones precedentes, sintetiza y ordena los conocimientos, con aquella dirección fija y subyugadora que la luz soberana del genio imprime á los actos y á las palabras. En otros aspectos de la vida el escritor es eco fiel de la conciencia de un pueblo, inspirado por el medio en que vive y á cuya influencia no puede sustraerse, compartiendo las ideas y creencias de su época con las gentes que le rodean, de las cuales son exacto trasunto sus obras, sus elucubraciones científicas. En este caso la sociedad dá los elementos para la obra, y el escritor al recogerlos, depurarlos y avalorarlos científicamente, no es más que el intérprete superior de la conciencia social-

No logra, el libro, en España, aquel favor del público que debía gozar, para que en la vida predominasen más la lógica y la inteligencia, que la superstición y la fantasía; su esfera de acción es reducida; lo conocen los intelectuales, los que van á la cabeza de nuestra civilización; pero la inmensa mayoría solo conocen de oídas algunos de los

progresos científicos. Una noche, unos aldeanos sencillos que ven las chispas de un cable eléctrico, en la cándida transparencia de sus espíritus, creen que son almas del otro mundo; suben por el poste, se cogen al cable y mueren en el acto. Es la superstición que se derrumba al rudo golpe de la ciencia.

La obra científica, por regla general, es costosa, y esta razón, por sí sola, quita al libro la gran influencia que podría ejercer, si á toda persona le fuere dado adquirirlo. Sin este gran inconveniente y con las ventajas de una rápida y fácil propaganda, se ofrece á nuestra consideración el *folleto*, que, puede ser, ya el resumen esencial de una obra, ya la exposición sucinta, clara y de estilo llano, con que un escritor dá á conocer sus doctrinas á la generalidad. En nuestro país apenas se cultiva el folleto. Y como en todo, también los explotadores acuden á este medio para procurarse ingresos, no por lo modestos despreciables, aunque con la escasa medida de su perversa aptitud coadyuvan con trabajo de hormiga, al fin de matar espiritualmente un pueblo y hacer de él esclavo embrutecido que, acostumbrado á los latigazos del dueño solo vé en ellos un mandato imperativo que ha de cumplir.

III

En España podemos asegurar que apenas hay opinión; que nuestro espíritu político se encuentra en los albores de su desarrollo. Es cierto, ciertísimo que padecemos la enfermedad que con gran propiedad califica un escritor de *frescura nacional*. Los supremos intereses de la justicia, de la propiedad y del honor, en manos están de caciques y monterillas, patanes cerrados y hombres egoistas, que trazada la línea de su conveniencia no miran si es recta ó torcida, si agostan una vida ó destruyen un hogar. Cuando

dan rienda á sus intemperancias y caprichos, todo lo aplastan con su despótico poder.

La manifestación más genuina de la educación política de un pueblo está en el ejercicio del sufragio, que es la intervención del todo social en las tareas del Estado.

Y España por sus componendas, supercherías, corrup-telas y adulteraciones, es, en materia de elecciones, la es-cepción de todos los países cultos.

Las libertades fundamentales cuando llega un período de elecciones son airadamente violadas. La censura amordaza á la prensa y los *mitins* y reuniones son negados ó disueltos por la policía á la menor alusión, otras veces oida sin escándalo y como cosa corriente por los delegados de la autoridad. ¿Y la tan decantada sinceridad electoral única para la cual existe en España el divorcio *quod vinculum* por motivos negados en la ley? Muchos personajes políticos han celebrado sus bodas con ella, pero ¿qué triste y desamparada está!

Tratando de estas cosas dice el ilustre Azcárate: «En este punto lo primero que importa notar es el falso concepto que con frecuencia se tiene, así de la función del elector como de la del elegido. En cuanto á la primera, si hemos de juzgar por lo que pasa en la práctica, se considera que el ciudadano á quién la ley confiere voto en los comicios, tiene derecho de hacer uso de esa facultad, como mejor cuadre á su arbitraria voluntad, al modo que el propietario dispone de sus bienes según lo tiene por conveniente. La consecuencia primera de este error, es que el elector, desconociendo que como tal está llamado á desempeñar una función, y no á ejercitar un derecho individual, no piensa ni en la justicia, ni en la conveniencia en general, al depositar el Sufragio; antes por el contrario, pone su mira en el personal interés, ó cuando más, en el local, y eso por el influjo directo é inmediato que ha de tener en el suyo individual.»

España recibió el sufragio en condiciones poco favorables para recoger buena cosecha. La mayor prueba de esta afirmación nos la ofrece la realidad, pues á pesar de funcionar bastantes años, todavía no se ha infiltrado en las conciencias con el exacto concepto que representa.

¿Puede pedirse algo más degradante y bajo que unas elecciones en España? Tres meses antes de la elección, comienza la suspensión y procesamiento de Ayuntamientos, el trasiego de jueces, el gracioso reparto de favores, la imposición de multas en los pueblos, etc, etc. El día de la elección, en los partidos de provincia, algunos electores son encerrados en la cárcel y otros molidos á palos para que no voten; á veces, los odios se enconan, la rivalidad estalla, los partidarios de bandos opuestos riñen en brava y descomunal batalla; suenan tiros; relucen las armas; se oyen gritos, imprecaciones; y sobre el arroyo quedan muertos unos cuantos hombres para que un respetable ciudadano ocupe de vez en cuando un lugar en los rojos escaños del Congreso, luciendo su representación, sobre un fondo sombrío de sangre generosa.

A este propósito decía el inmortal Castelar: «El ministro de la Gobernación pesa como un yugo sobre el Gobernador, el gobernador sobre el alcalde, el alcalde sobre los electores; las Diputaciones, hechura de los pueblos, desaparecen ante los Concejos, hechura de los gobiernos; los jueces y fiscales, los administradores y estanqueros, los guardamontes, los portazgueros, los peones, los dependientes de los Ministerios de Gracia y Justicia, de Gobernación, de Fomento y de Hacienda, son otros tantos muñidores de elecciones que ofrecen escuelas, caminos, perdón de multas, olvido de sucios expedientes á los electores ministeriales; y amenazan con causas, prisiones, multas, persecución á los electores independientes; de suerte que cada elección es una calamidad, cada comicio un mercado, cada elector un esclavo, cada ministro un

Sultán, cada candidato un fomentador de la pública inmo-
ralidad, cada acta un padrón de escándalo y de ignominia
y la red bajo la cual todo esto sucede, es la centralización
administrativa, que, en vez de servir de escudo á los pue-
blos, se convierte en arma de guerra esgrimida por los
Gobiernos para falsear la voluntad del cuerpo electoral, y
traer diputados dispuestos á abandonar el mismo poder
que los ha nombrado, si lo creen débil, y entregar palabra
y voto al partido que promete mayores bienes y más dura-
dera influencia; porque la corrupción que cae del Gobierno
sobre los comicios, sube en vapores pestilentes de los
comicios á los Congresos, de los Congresos á los Gobier-
nos, y con sus letales miasmas á todos los ahoga.» Y este
cuadro, tan magistralmente pintado por el insigne tribuno,
es, salvo ligeras escepciones, el mismo que ofrece la
realidad.

Las elecciones, se oye exclamar con frecuencia, se hacen
en el Ministerio de la Gobernación. De modo que el Go-
bierno juez y parte, obra á sus anchas, toca los infinitos
resortes que la posición que ocupa le coloca en las manos,
y por arte de encantamiento y como á la voz de mágico
conjuro, en el gran escenario nacional los tramoyistas gu-
bernamentales hacen aparecer á nuestros ojos una legión
de señores diputados muy conocidos en sus casas y cuya
relativa misión en el Parlamento todos conocemos.

Cada día, las elecciones se están poniendo más caras.
No es solo el problema de las subsistencias el que ha de
interesarnos, sino también, y de un modo especial, el enca-
recimiento de las actas. Y hay también en las elecciones,
algo de sobrenatural y lúgubre pues hasta los muertos van
á las urnas á depositar su sufragio, que no es precisamente
el de las almas. Notamos, en definitiva, en gran parte de
la masa electora una supina ignorancia y en otra más
reducida, mala fé y dañosa conducta. Y es que España,
poco culta, se parece á los terrenos pedregosos donde toda

mala semilla crece; á los cuerpos débiles, donde toda enfermedad tiene asilo.

¿Ocurriría lo mismo si fuese un país de sólida educación política? No. El país, inconsciente y sin enseñanzas, realiza sus deberes políticos, y la mayor parte, al ver que los derechos aparentemente sagrados, son en realidad añagazas y cepos con que se caza la lealtad y buena fé, se retiran de las luchas políticas «con aquél sentimiento de desprecio y de incredulidad, que es—como dice Sansonetti—el arma más aguda con que se puede herir un sistema, cualquiera que él sea.»

Y hay que hacer una distinción fundamental entre las corruptelas de la práctica y las severas disposiciones de la ley; hay que decir á los electores, que ese no es el sufragio, sino su adulteración; urge, por último esclarecer los espíritus desengañados.

Se impone un cultivo intensivo de las inteligencias, un despertar fuerte y brioso de las voluntades, hasta conseguir que sea el sufragio expresión de la conciencia nacional.

Para combatir este estado de ineducación, bien podría recibir en la escuela, el niño, junto á las enseñanzas del código del espíritu, la religión; las enseñanzas del código político, la Constitución. Al hombre próximo á la mayor edad se le debía enseñar en actos públicos de necesaria asistencia, qué derechos tiene, en qué consisten y como puede y debe usar de ellos, y de este modo sin presiones de arriba, con la educación por una parte y el voto obligatorio por otra, se obtendría la pulsación exacta del sentir de la masa electoral. Si «en el fondo de toda idea falsa existe un alma de verdad» siguiendo á Spencer podríamos afirmar nosotros «que en el fondo de todos los males que nos aquejan existe un alma buena», sana, el alma nacional, preterida para todo, ansiosa de vida, de reforma, de orearse en ambientes de progreso, para entrar francamente, con

plena soberanía de su conciencia, a vivir en el siglo XX, al que había que transportarla, según Costa, dando un salto de cuatro siglos. La enseñanza ha de ser la base de nuestra emancipación. La escuela moderna, despertando caracteres y formando hombres, realizará este milagro y así podremos llegar a ser grandes, fuertes, poderosos. Mientras que ahora, ahora contemplamos con asombro y admiración la brillante figura de los pueblos modernos, su maravilloso esfuerzo en el campo de la civilización, sus constantes ofrendas en los altares del progreso, y nuestro espíritu altanero se subleva, nuestra voluntad dominadora reacciona, nuestra energía aletargada despierta; queremos luchar, ser inteligentes, producir con fruto, correr triunfantes por las vías de la sociedad contemporánea; pero todo nuestro esfuerzo, toda nuestra ambición se estrellan; no podemos, estamos atados de pies y manos á la cruz de nuestra torpeza y de nuestro fanatismo atávico. Hay que talar y destruir, para volver a sembrar. Que por todos los cauces de la actividad nacional, discurran corrientes de nueva vida, de amor y de esperanza, de progreso y patriotismo. Perseverancia y fé, constancia sin desfallecimiento.

Adelante siempre, y destruyendo lo arcáico y lo podrido, levantemos de nuevo el edificio nacional. El trabajo todo lo vence.

Luchemos.





Centro Español
DE ARTES GRÁFICAS
de Santiago S. Soler
ENMEDIO. 40
CASTELLON